

A modo de presentación: nuevas miradas a la ciudad de los saberes en la Edad Moderna

¿Qué miran los personajes del fresco de Tiepolo que protagonizan la cubierta de este libro? ¿Por qué no les importamos nada? ¿Por qué razón nos dan la espalda? ¿Qué despierta hasta tal punto su curiosidad en el escenario urbano que se adivina al fondo? ¿Es acaso una ciudad? La respuesta es no, su ciudad la conocen muy bien, independientemente de la clase social a la que pertenezcan, como se deduce de los variopintos atuendos del grupo atraído por algo a lo que no pueden resistirse. Se trata de un espectáculo que un empresario itinerante, algo visionario, habría llevado para pasmo y admiración de todos: la máquina del *Mondo Nuovo*, que permitía al público descubrir ciudades desconocidas, pero también recreaciones históricas, costumbres lejanas o fenómenos de la naturaleza, mirando a través de unas aberturas en el interior de estos artefactos. En la ciudad de los saberes a finales del Antiguo Régimen, los conocimientos reservados hasta entonces a las clases superiores eran cada vez más accesibles a todos en la calle. Ya no había que ser rico, ni siquiera culto, bastaba con ser curioso. El estudio de Gian Piero Brunetta, que cierra este libro, sobre estas máquinas ópticas como espectáculo para los ciudadanos, origen de la búsqueda de imágenes en movimiento —y en definitiva, del cine—, nos habla de unos nuevos tiempos y unas nuevas formas de circulación del saber, a lo que se unen redes como las que tejieron los vendedores de grabados populares procedentes de Tesino por toda Europa, de los Urales a Portugal, desde los inicios del siglo XVIII.

¿Pero qué había pasado antes en este lugar que hemos llamado la ciudad de los saberes? Con distintas metodologías y diferentes instrumentos para la investigación, nuestras miradas, como la de los personajes de Tiepolo, se han puesto en funcionamiento para analizar, en la ciudad entre los siglos XVI y XVIII, el desarrollo, difusión y disfrute del conocimiento científico. Este libro habla de ojos que miran, oídos que escuchan y pasos que recorren unas ciudades en las que el progreso creó los escenarios urbanos monumentales donde los ciudadanos se reconocieron como habitantes de una realidad distinta a la rural, en la que el ser un contenedor de saber

era una de sus marcas distintivas, aunque no todos sus habitantes participaran de manera directa del mismo.

De Sicilia al norte de África, pasando por España, los escenarios creados por la obra pública, principalmente en el Mediterráneo, ya fuera para la paz o para la guerra, explican una vez más que el saber de los ingenieros aplicado a la ciudad se tradujo en una arquitectura pública de la que estuvieron muchas veces ausentes los que solo tuvieron título de arquitectos, pese al empeño de alguna historiografía al uso en mantener tal tergiversación de la historia urbana. Esas ciudades en las que el poder construyó sus edificios habían sufrido un cambio determinante en el siglo XVI, cuando la geometría racionalizó trazados, abriendo calles rectas y plazas regulares sobre la ciudad preexistente de la vieja Europa, mientras esos espacios medidos y regulares camparon a sus anchas en las ciudades fundadas en el Nuevo Mundo. Con el estudio de esos inicios de una nueva imagen de la ciudad basada en el imperio de la geometría, que creaba ciudades bellas, admirables y magníficas, realizado por Alicia Cámara, se abre este libro y la primera parte. Los capítulos que la conforman están dedicados al saber aplicado a la construcción de esos escenarios urbanos de la mano de los ingenieros, quienes se encargaron de las obras públicas, ya se tratara de hospitales, de aduanas o de otras tipologías arquitectónicas promovidas desde el poder. Antonio Bravo Nieto y Sergio Ramírez González estudian así los hospitales reales del siglo XVIII en las ciudades españolas del norte de África, mientras que Juan Miguel Muñoz Corbalán analiza las aduanas de ese mismo periodo. Todas ellas son construcciones que solo pueden ser explicadas en el marco de la búsqueda del progreso y del bien público por parte de los Borbones, convertidas en arquitecturas políticas y símbolos de poder en las ciudades donde fueron erigidas. Y si esos edificios fueron modificando lo que el ciudadano veía y reconocía como propio, la vida urbana no hubiera sido posible sin la llegada del agua y sus conducciones, abordadas por Maurizio Vesco a través de las ciudades sicilianas, en las que se puede reconocer cualquier ciudad de la época. Todo ese saber aplicado fue fruto de proyectos de arquitectura e ingeniería representados en dibujos y maquetas, así como en relaciones escritas, todo lo cual constituye un corpus documental extraordinariamente rico para poder entender la ciudad de la Edad Moderna, como explica en su aportación Alfonso Muñoz Cosme.

¿Pero quienes fueron los agentes, los artífices que crearon esa nueva ciudad en la que el saber se reconocía como parte de la propia relevancia histórica? ¿Quiénes fueron los hombres ilustres de los que sentirse orgullosos? En este sentido, la segunda parte del libro da comienzo con los parnasos estudiados por Javier Portús Pérez, con biografías de pintores y literatos vinculadas a las ciudades, en un marco tanto local como nacional, conceptos ambos que nunca hay que olvidar cuando

abordamos el estudio de las ciudades de la Edad Moderna. Y si los historiadores y teóricos de las artes fueron construyendo esos parnasos, a veces fueron los mismos habitantes los que asumieron que su excelencia o su extravagancia debían significarse entre las glorias de la ciudad. Es el caso de Juan de Espina, estudiado por Pedro Reula Baquero, un coleccionista de objetos tan curiosos que maravillaban a los madrileños que visitaban su casa, probablemente absortos en algo que fue una experiencia de museo *avant la lettre* en el que reinaban las Musas, antecedente temprano de lo que luego serían los museos tal como hoy los entendemos y los vivimos. Es también el caso de Vicencio Juan de Lastanosa, de cuyo estudio se ocupa Miguel Morán Turina en la tercera parte del libro, dedicada a los saberes y los espacios para el entretenimiento. Este personaje, cuya leyenda publicada superó a la realidad, porque se creó una colección falsa para la historia, pero fascinante precisamente por eso, instalaría un tablado delante de la fachada de su casa en Huesca para un Monte Parnaso y una cueva de Vulcano en la que cientos de espejos creaban la maravilla de las llamas para el trabajo de los cíclopes. Lo hizo porque sabía que la ciudad era el escenario en el que todo debía ser mostrado, mientras su colección en el interior de su casa se abría solo a los elegidos que autorizaba a visitarla. Siempre hubo clases... pero la dimensión pública de esta colección nos lleva de nuevo a la calle.

En esa misma calle vamos a encontrar las tiendas de los comerciantes del saber, como los que estudia Margarita Ana Vázquez Manassero, gentes que labraron su riqueza mercadeando con objetos destinados a satisfacer la demanda de los grandes curiosos y sabios de su época. Gracias a ellos se crearon redes comerciales del saber en la Edad Moderna, estudiadas en esta ocasión a través de un comerciante de Roma y otro de Madrid, que vendieron globos, atlas, mapas y vistas de ciudades, comerciaron con libros y estampas... Este estudio se complementa con el de Jesusa Vega sobre los comerciantes de libros un siglo más tarde y nos permite entrar en las librerías de la corte madrileña, donde además del saber que se podía comprar en forma de volúmenes encuadernados y otros formatos, se disfrutaba del ocio y el solaz que tanto ambicionaron los ciudadanos ilustrados. Y si los carteles en la calle anunciaban libros, como las nuevas ediciones del Quijote, también avisaban sobre representaciones teatrales, como se encarga de contarnos Antonio Castillo Gómez, a la vez que analiza la lectura en el espacio público, en las plazas y calles, en las que la venta ambulante de libros, la circulación de estampas y los tenderetes atraían a todo tipo de públicos, que podemos imaginar a veces inmersos en un mundo encantado con el sonido de la lectura en voz alta. Eso sí, también llegaron a las calles otros escritos como libelos, panfletos, pasquines... voces críticas con lo establecido, objetos conformadores de opinión pública, a veces con imágenes.

En un plano paralelo se encontraría el saber institucionalizado de las academias, instrumento estatal de producción de conocimiento. Sus a veces complicados orígenes, como el de la Real Academia de la Historia, con una primera sede compartida en la Biblioteca Real, han sido recuperados por Eva Velasco Moreno con todos los problemas que ello supuso durante cuatro décadas. Y como ya estamos de lleno en la ciudad de la Ilustración, el trabajo de Daniel Crespo Delgado sobre cómo percibió Antonio Ponz los grandes centros urbanos en su *Viaje de España*, en especial de la capital, Madrid, nos lleva de nuevo a estas instituciones oficiales del saber, como el Real Gabinete de Historia Natural, en una ciudad monumentalizada. Sin embargo, la paz que se podía tener fuera de las ciudades permitió las sosegadas lecturas de Jovellanos durante su alejamiento de la corte. ¿El saber lo llevaban los hombres consigo y no las ciudades? ¿Echarían de menos un saber compartido en tertulias, sociedades o asociaciones, y no solo el saber jerarquizado de las instituciones? Dejando a este personaje en su forzado exilio, con el capítulo de Álvaro Molina nos adentramos en los inicios del siglo XIX, años de desolación cuando en Madrid el sueño de la ciudad ilustrada había desaparecido tras la guerra contra Napoleón, dando paso a una decadencia, o incluso desaparición, de instituciones creadas para el conocimiento, carencias que el forastero ilustrado que la visitaba podía comprobar por sí mismo. Pero también, en la guía que llevaba en el bolsillo para visitar la ciudad, la ciudad de los saberes, incluso con sus ausencias, podía ser imaginada como parte del ocio y el entretenimiento.

Hay cuestiones transversales en este libro, como la jerarquización de espacios urbanos; así pues, mientras los hospitales estaban normalmente relegados a las afueras por cuestiones de higiene, la venta de libros, grabados o mapas no tenía sentido más que en el centro urbano. Existía asimismo una jerarquización en el acceso al conocimiento, a la cultura escrita y visual, aspecto que emerge a lo largo de todo el libro y que se fue disipando con el transcurso del tiempo. Si en la primera Edad Moderna, determinados conocimientos estaban solo al alcance de unos pocos privilegiados, ya en el ocaso del Antiguo Régimen, un mayor número de ciudadanos tendrían acceso a los mismos. Las ciudades modernas con sus edificios públicos se convirtieron en el espacio del saber y sus ciudadanos en potenciales agentes y receptores de esos conocimientos. Todo ello nos debe llevar a reflexionar sobre el hecho urbano como posibilidad de acceso al conocimiento pues somos herederos de esas ciudades.

Los distintos autores han utilizado en sus investigaciones fuentes muy cultas, documentos realizados por profesionales y hombres sabios, pero en este libro también se exploran otro tipo de fuentes que recogen la percepción que de esa ciudad de los saberes pudieron tener las clases populares. Y lo que es continuo es la pre-

sencia de los libros: libros prohibidos, libros vendidos, libros en las colecciones mezclados con los objetos, libros leídos en voz alta en las calles, libros para pasear con ellos como guías, libros para contar como debía ser una ciudad... Y junto a ellos, otras tantas clases de imágenes: muchas de ellas, ilustraciones grabadas en el interior de esos mismos libros, pero también imágenes que circulaban sueltas dando a conocer representaciones de vistas urbanas, planos, mapas, conocimientos técnicos, etc. En definitiva, libros e imágenes que salieron a las calles y dejaron el encierro de bibliotecas y gabinetes, que abandonaron las manos privilegiadas de aquellos que viajaban contemplando las ciudades del *Civitates Orbis Terrarum* desde sus salones al calor de la chimenea, para llegar a las manos mucho más libres de una nueva figura, acuñada por Brunetta, la del *icononauta*, que ya no conocía clases, que podía ser el noble o burgués, el tertuliano, el culto lector de libros en la Real Academia de la Historia, pero también el curioso que mira el *Mondo Nuovo* sin más patrimonio que esa curiosidad.

Hoy, 23 de abril de 2020, fecha en la que acabamos de escribir estas líneas a modo de presentación, en plena pandemia del COVID-19, internautas confinados sin ciudad, sabemos que el motor de la curiosidad es el que nos conduce al conocimiento, al saber, a la comprensión del mundo. En este día del libro nos querríamos sentir herederos de todos los que han pasado por estas páginas, de quienes entre los siglos XVI y XVIII construyeron con piedras y con vidas la ciudad de los saberes. Lean esta historia hecha de fragmentos, esperamos que la disfruten.

Alicia CÁMARA, Álvaro MOLINA y Margarita Ana VÁZQUEZ MANASSERO